

829
2.

PQ 9261
E3
38



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PALABRAS PRELIMINARES

La "Advertencia" con que el autor ha encabezado esta colección de artículos hace inútil cualquier prólogo explicativo. Son páginas de mocedad, y no hay aún en ellas aquel abundante acopio de cultura de que gustaba hacer gala Eça de Queiroz. Apenas asomado a la vida de su patria, tantas flaquezas y tantos contrasentidos hirieron su atención, que no esperó a más para lanzarse a combatirlos con ese denuedo de los años de juventud, que no vuelve a encontrarse ya nunca. Alguna vez pudo este brío llevarle a ser algo cruel, como en el juicio que formula acerca de la ex-emperatriz Eugenia; pero, desde la primera a la última hoja de este libro, no hay ningún comentario que no responda a una elevada ansia de justicia; bajo la larga sonrisa bondadosa que anima a todos los capítulos, un tierno amor hacia el bien de las criaturas corre dulcemente.

Eça de Queiroz no ha comentado tan sólo a su patria, sino a todas las patrias. Sería imposible ofrecer hoy al público un libro de artículos, todos ellos políticos y sociales, referentes al Portugal de 1870, que pudiese brindar a los lectores algún interés. Pero los comentarios de Eça de Queiroz tienen aún vida actual y la tendrán, por desventura para los hombres, durante mucho tiempo. Al hacer la traducción de "Una campanha alegre das Farças", hemos pensado frecuentemente cuántos de estos artículos podrían servir en nuestro país —y, como en el nuestro, en tantos otros— para apostillar sucesos recientísimos, conductas de políticos de 1920, farsas que entonces se representaban en la nación vecina y que siguen rodando por el mundo, sin envejecer nunca entre la candidez y la paciencia humanas, sin hacer otra cosa que cambiar de escenario y ser hoy españolas, ayer portuguesas, mañana de los países de América, o de Francia, o...

Por ser así, universales y de todos los tiempos, los vicios tras los que Eça de Queiroz lanzó el puñado de avispas de su ironía sonriente, estos comentarios no pueden perder interés. Los hombres en quienes se han clavado estas "farças" han desaparecido ya; muchos de ellos no han logrado que su nombre fuese retenido en la memoria de la

generación que vino a sucederles. Encaramados por la casualidad o el compadrazgo en los más altos puestos del Poder, en una Monarquía agonizante, ni aun sus sombras insignificantes son evocadas por sus compatriotas de hoy; pero, al través de ellos, el dardo ha herido a ese monstruo "de cabeza de toro" de que habla Queiroz, y en su inmaterial silueta vemos aun hundida la acera da punta y vemos el rizado papel que adorna la banderilla golpear el lomo de la bestia a cada salto que da y a cada pirueta que hace para desprenderla. No son estas "farças" como esas "armas desenterradas en una excavación y que han servido en una batalla, de la que ya nadie sabe el nombre", sino flechas que aun siguen vibrando y que aun encuentran la "tolice de cabeça de toiro" donde ir a prender su punta envenenada.

Leed este libro y veréis después muchas veces como la cáustica risa de Eça de Queiroz aguarda a nuestros políticos, agazapada a las puertas de los Ministerios y en los pasillos de nuestras Cámaras, irreverente e inagotable, más eficaz que cien artículos de fondo graves y entogados que suenan con el mismo sonido de un fagot y que nunca corrigen nada ni castigan a nadie, porque nadie los lee.

W. FERNÁNDEZ-FLÓREZ.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Las páginas de este libro son aquellas con que en otro tiempo contribuí a *As Farpas*, cuando Ramalho Ortigão y yo, convencidos, como el Poeta, de que la *Estulticia tiene cabeza de toro*, decidimos *banderillar* hasta la muerte a la alimaña pesada y temible. ¿Quién era yo; qué fuerza o razón superior había recibido de los dioses para erigirme así en mi tierra en justiciero destructor de monstruos?... La mocedad tiene estas espléndidas gallardías; sólo por amar la Verdad imagina que la posee; y, magníficamente segura de su infalibilidad, ansía embestir contra todo lo que diverge de su ideal, y que ella, por lo tanto, considera Yerro, irremisible Yerro, condenado a la exterminación. Así fué que, recién llegado de la Universidad, con mi Proudhon mal leído debajo del brazo, me apresuré a gritar en la ciudad en que entraba: "¡Muerte a la estulticia!" Y desde entonces, al lado de Ramalho Ortigão, no

cesé durante dos años de arrojar dardos, uno tras otro, para todos los lados donde suponía entrever la obscura cerviz taurina. No recuerdo si acertaba; sin duda muchos hierros se embotaban en las losas; pero cada ataque era mandado por un impulso puro de la inteligencia o del corazón. Y así, de esos tiempos ardientes me quedó la idea de una campaña muy alegre, muy elevada, en que la ironía se alistaba radiantemente al servicio de la justicia; cada fuerte golpe hacía brotar una soberbia verdad; de la demolición de todo resaltaba una educación para todos, y el tumulto del ataque, aparentemente desordenado, era como el de los griegos combatiendo en Platea, dirigidos por Minerva armada; quiero decir, por la razón.

Veinte años han pasado, y hoy releo estas páginas amarillentas de *As Farpas*. ¿Qué encuentro en ellas? Una risa tumultuosa, lanzada estridentemente al través de una sociedad, como su comentario y crítica supremas. Encuentro una risotada desmedida, pero escasamente una verdad adquirida, una conclusión de experiencia y de saber, algún resultado visible de esa inspiración de Minerva, que yo suponía combatiendo detrás de mí, invisible y armada de oro como en los campos de Platea. Nada que para gobernar entre los hombres el pensamiento o la conducta mereciese quedar archivado en to-

mos duraderos; únicamente una carcajada inmensa tronando, como las trompetas de Josué, en torno de ciudadelas que ciertamente no perdieron por eso una sola piedra, porque las veo aún derechas, más altas aún, del sucio color del lodo, alargando sobre nosotros su prolongada sombra.

Ahora, ¿vale la pena de recoger, de perpetuar esta risa esparcida antaño en ligeros folletos satíricos? ¿Existe, por ventura, utilidad en codificar así la carcajada? A los millares de libros que embarazan al mundo ¿conviene unir un libro más del que nada sale, cuando abierto, sino el rumor fugitivo y remoto de risas de hace veinte años, tan muertas como las rosas de entonces?

Creo que no. Y por determinación mía, yo dejaría estas *Farpas* en sus breves folletos amarillos, ya tan raros y cada vez más sumidos en esa corriente vaga llamada "de los Tiempos", que providencialmente va arrastrando todo lo que se volvió inútil; hojas de lirio y hojas de laurel, y a los hombres, y a sus ilusiones inmensas, y a sus diminutos libros.

Sin embargo, esto no lo ha consentido, por una tierna superstición de amistad, mi camarada Ramalho Ortigão. Habiendo reunido sus artículos de *As Farpas*, que forman una vasta obra de pensamiento y sabiduría, deseó él que no quedasen fuera

de su monumento aquellas páginas que yo compuse a su lado en los primeros tiempos de la publicación, cuando, llevados de la misma santa rebeldía, nos abalanzamos a atacar a toda una sociedad con un puñado ligero de ironías doradas.

Ahí van, pues, mis *Farpas*, a las que doy ahora el nombre único que las define y las justifica: "Una campaña alegre". No hay en ellas, en efecto, sino una transbordante alegría empeñada en una campaña intrépida. Todo este libro es una risa que pelea. Que pelea por aquello que yo suponía la razón. Que pelea contra aquello que yo suponía la estulticia.

Ahí van, pues, estas *Farpas* en su forma primordial, improvisada en la prisa y en el fragor de la lid; forma desordenada y tumultuosa, en que las palabras, las exclamaciones y las mismas comas, todo es empujado hacia delante, al acaso, en un tropel clamoroso, contra la cosa detestada que urgía demoler. Y, todavía, tal me pareció ahora el desorden, y tan incorregiblemente se me impone el amor a la armonía, que no resistí a veces a disciplinar esta rumorosa turba de vocablos en correría, y a establecer, en estas oraciones descompuestas, en donde se atropellaban adjetivos y caían pesados adverbios en el fondo de reticencias inesperadas y acaballábanse verbos sobre verbos, alguna regla, com-

postura y ritmo. Pero, aparte de estas depuraciones exteriores, procuré escrupulosamente que no se desvaneciese aquella hechura especial de *As Farpas*, que constituyó su fuerza especial, y que no se evaporase ni una sola nota de aquella risa que cantó triunfalmente antaño y que, por el contagio de su sinceridad, pudo suscitar las risas de la multitud contra la estulticia de cabeza de toro.

¿Tendrá aún hoy esta risa vibración bastante para despertar otras?... Los hechos que la provocaron son ya tan pasados como los de Troya. Este libro es menos una reimpresión que una excavación. Mis *Farpas* salen a la superficie enmohecidas, sin corte y sin brillo, como las antiguas armas de una batalla de la que nadie sabe el nombre.

¡Qué importa! Lo que me encanta en esta solemne reedición es, sobre todo, la camaradería. Después de haber combatido arrebatadamente al lado de Ramalho Ortigão en folletos fogosos, que el viento llevaba y diseminaba en las calles, siento felicidad y orgullo en encontrarme junto a mi amigo en volúmenes repletos, sosegados, *dorés sur tranche*, que van a reposar en el decoro y en la paz de las bibliotecas.

EÇA DE QUEIROZ

París, Octubre 1890.